

ACTA DE INDEPENDENCIA DE LAS PROVINCIAS DEL ALTO PERU

Lanzandose furioso el León de Iberia desde las columnas de Hércules hasta los imperios de Motezuma y de Atahualpa, es por muchas centurias que ha despedazado el desgraciado cuerpo de América y nutridose con su sustancia. Todos los Estados del continente pueden mostrar al mundo sus profundas heridas para comprobar el dilaceramiento que sufrieron; pero el Alto Perú aun las tiene más enormes, y la sangre que vierten hasta el día, es el monumento más auténtico de la ferocidad de aquel monstruo.

Después de diez y seis años que la América ha sido un campo de batalla, y que en toda su extensión los gritos de libertad, repetidos por sus hijos, se han encontrado los de los unos con los de los otros, sin quedar un ángulo en toda la tierra, donde este sagrado nombre no hubiese sido el encanto del americano, y la rabia del español; después que en tan dilatada lucha, las naciones del mundo han recibido diferentes informaciones de la justicia y legalidad con que las regiones todas de América han apelado, para salvarse, á la santa insurreccion; cuando los genios de Junin y de Ayacucho han purgado la tierra de la raza de los déspotas; cuando en fin grandes naciones han reconocido ya la independencia de Méjico, Colombia y Buenos Aires, cuyas quejas y agravios no han sido superiores á las del Alto Perú: sería superfluo presentar un nuevo manifiesto justificativo de la resolución que tomamos.

El mundo sabe que el Alto Perú ha sido, en el continente de América, el ara donde se virtió la primera sangre de los libres, y la tierra donde ecsiste la tumba del último de los tiranos: que Charcas, Potosí, Cochabamba, La Paz y Santa-Cruz, han hecho constantes esfuerzos para sacudir el yugo peninsular; y que la irretractabilidad de sus votos contra el dominio español, su heroica oposicion, han detenido mil veces las impetuosas marchas del enemigo sobre rejiones que, sin esto, habrían sido encadenadas, ó salvádose solo con el último y más prodijoso de los esfuerzos.

El mundo sabe también, que colocados en el corazón del continente, destituidos de armas, y de toda clase de elementos de guerra, sin las proporciones que los otros estados para obtenerlos en las naciones de ultramar, los altoperuanos han abatido el estandarte de los déspotas en Aroma y la Florida, en Chiquitos, Tarabuco, Sinti, en los valles de Sicasica y Ayopaya, Tumusla, y en otros puntos diferentes: que el incendio bárbaro de mas de cien pueblos, el saqueo de las ciudades, cadalsos por cientos levantados contra los libres, la sangre de miles de mártires de la patria ultimados con suplicios atroces que estremecerian á los caribes, contribuciones, pechos y ecsacciones arbitrarias é inhumanas, la inseguridad absoluta del honor, de la vida, de las personas y propiedades, y un sistema, en fin, inquisitorial, atroz y salvaje, no han podido apagar en el Alto Perú el fuego sagrado de la libertad, el odio santo al poder de Iberia.

Cuando, pues, nos llega la vez de declarar nuestra independencia de la España, y decretar nuestro futuro destino de un modo decoroso, legal y solemne, creemos llenar nuestro deber de respeto á las naciones extranjeras, y de informacion consiguiente de las razones poderosas, y justos fundamentos impulsores de nuestra conducta, reproduciendo cuanto han publicado los manifiestos de los otros estados de América con respecto á la crueldad, injusticia, opresión y ninguna proteccion con que han sido tratados por el gobierno español; pero sí esto, y la seguridad con que protestamos á presencia del gran padre del Universo, que ninguna rejion del continente de Colón ha sido tan tiranizada como el Alto Perú, no bastase á persuadir nuestra justicia, apelaremos á la publicidad con que las lejonas españolas, y sus jefes mas principales, han profanado los altares, atacado el dogma, han insultado el culto, al mismo tiempo que el gabinete de Madrid ha fomentado, desde la conquista, la más hórrida y destructora superstición: les mostraremos un territorio con más de trescientas leguas de estension de norte á sur, y casi otras tantas de este á oeste, con ríos navegables, con terrenos feraces, con todos los tesoros del reino vegetal en las inmensas montañas de Yungas, Apolobamba, Yuracaré, Mojos y Chiquitos, poblado de los animales los mas preciosos y útiles para el sustento, recreo é industria del hombre, situado donde ecsiste el gran manantial de los metales que hacen la dicha del orbe, y le llenan de opulencia, con una poblacion, en fin, superior á la que tienen las repúblicas Arjentina, y la de Chile; todo esto les mostraríamos y diríamos: ved, que donde ha podido ecsistir un floreciente imperio, solo aparece, bajo la

torpe y desecante mano de Iberia, el símbolo de la ignorancia, del fanatismo, de la esclavitud é ignominia; venid y ved, en una educacion bárbara calculada para romper todos los resortes del alma, en una agricultura agonizante guiada por sola rutina, en el monopolio escandaloso del comercio, en el desplome é inutilizacion de nuestras poderosas minas, por la barbárie del poder español, en el cuidado con que en el siglo 19. se ha tratado de perpetúar entre nosotros solo los conocimientos, artes y ciencias del siglo 8°; venid, en fin, y si cuando contempleis á nuestros hermanos los indigenas, hijos del grande Manco-Capac, no se cubren vuestros ojos de torrentes de lágrimas, viendo en ellos hombres los más desgraciados, esclavos tan humillados, seres sacrificados á tantas clases de tormentos, ultrajes y penurias, direis, que respecto de ellos parecerían los llotas ciudadanos de Esparta, y hombres muy dichosos los Nijeros Ojandalams del Indostán, concluyendo con nosotros, que nada es tan justo como romper los inicuos vínculos con que fuimos uncidos á la cruel España.

Nosotros habríamos también presentando al mundo una nerviosa y grande manifestación de los sólidos fundamentos con que después de las mas graves, prolijas, y detenidas meditaciones, hemos creído interesar á nuestra dicha, no asociarnos, ni á la república del Bajo Perú ni á la del Río de la Plata, si los respetables Congresos de una y otra, presididos de la sabiduria, desinterés y prudencia, no nos hubiesen dejado en plena libertad para disponer de nuestra suerte. Pero cuando la ley de 9 de mayo del uno, y el decreto de 23 de febrero del otro, muestran notoriamente un generoso y laudable desprendimiento, relativamente á nuestro futuro destino, y colocan en nuestras propias manos la libre y espontánea decision de lo que mejor conduzca á nuestra felicidad y gobierno; protestando á uno y otro estado eterno reconocimiento, junto con nuestra justa consideracion y ardientes votos de amistad, paz y buena correspondencia, hemos venido por unanimidad de sufragios en fijar la siguiente

DECLARACION;

La representación soberana de las provincias del Alto Perú, profundamente penetrada del grandor é inmenso peso de su responsabilidad para con el cielo y con la tierra, en el acto de pronunciar la futura suerte de sus comitentes, despojándose en las aras de la justicia de todo espíritu de parcialidad interés y miras privadas; habiendo implorado, llena de sumision y respetuoso ardor, la paternal asistencia del Hacedor santo del orbe, y tranquila en lo íntimo de su conciencia por la buena fé, detencion, justicia, moderacion y profundas meditaciones que presiden á la presente resolucion, declara solemnemente á nombre y absoluto poder de sus dignos representados: Que ha llegado el venturoso dia en que los inalterables y ardientes votos del Alto-Perú, por emanciparse del poder injusto, opresor y miserable del rey Fernando VII, mil veces corroborados con la sangre de sus hijos, consten con la solemnidad y autenticidad que al presente, y que cese para con esta privilegiada rejion la condicion degradante de colonia de la España, junto con toda dependencia, tanto de élla, como de su actual y posteriores monarcas: que en consecuencia, y siendo al mismo tiempo interesante á su dicha, no asociarse á ninguna de las repúblicas vecinas, se erige en un Estado soberano é independiente de todas las naciones, tanto del viejo como del nuevo mundo; y los departamentos del Alto Perú, firmes y unánimes en esta tan justa y magnanima resolucion, protestan á la faz de la tierra entera, que su voluntad irrevocable es gobernarse por si mismos, y ser regidos por la constitucion, leyes y autoridades que ellos propios se diesen, y creyesen mas conducentes á su futura felicidad en clase de nacion, y el sosten inalterable de su santa relijion Católica, y de los sacrosantos derechos de honor, vida, libertad, igualdad, propiedad y seguridad. Y para la invariabilidad y firmeza de esta resolucion, se ligan, vinculan y comprometen, por medio de esta representación soberana, á sostenerla tan firme, constante y heroicamente, que en caso necesario sean consagrados con placer á su cumplimiento, defensa é inalterabilidad, la vida misma con los haberes y cuanto hay grato para los hombres. Imprímase y comuníquese á quien corresponda para su publicacion y circulacion. Dada en la Sala de sesiones en 6 de agosto de 1825, firmada de nuestra mano, y refrendada por nuestros diputados secretarios- José Mariano Serrano, diputado por Charcas, presidente- José María Mendizabal, diputado por La Paz, vice-presidente- José Maria de Asin, diputado por La Paz- Miguel José Cabrera, diputado por Cochabamba- Miguel Fermin Aparicio, diputado por La Paz- José Miguel Lanza, diputado por La Paz- Fermín Eyzaguirre, diputado por La Paz- Francisco Vidal, diputado por Cochabamba- Melchor Daza, diputado por Potosí- Manuel José Calderon, diputado por Potosí- Dr. Manuel Antonio Arellano, diputado por Potosí- José Ballivian, diputado por La Paz- Dr. José Manuel Perez, diputado por Cochabamba- Martín Cardon, diputado por La Paz- Dr. Juan Manuel Velarde, diputado por La Paz- Francisco Maria Pinedo, diputado por La Paz- José Indalecio Calderon y Sangines,

diputado por La Paz- Casimiro Olañeta, diputado por Charcas- Manuel Anselmo de Tapia, diputado por Potosí- Manuel Maria Urcullu, diputado por Charcas- Dr. Rafael Monje, diputado por La Paz- Dr. Eusebio Gutierrez, diputado por La Paz- Nicolas de Cabrera, diputado por Cochabamba- Manuel Martin, diputado por Potosí- Manuel Mariano Centeno, diputado por Cochabamba- Dionisio de la Borda, diputado por Cochabamba- Manuel Argote, diputado por Potosí. José Antonio Pallares, diputado por Potosí- José Eustaquio Gareca, diputado por Potosí- José Manuel Tames, diputado por Cochabamba- Dr. Pedro Terrazas, diputado por Cochabamba- José Maria Dalence, diputado por Charcas- Melchor Paz, diputado por Cochabamba- Francisco Palazuelos, diputado por Charcas- Miguel Vargas, diputado por Cochabamba- Antonio Vicente Seoane, diputado por Santa-Cruz- Manuel Maria Garcia, diputado por Potosí- Marcos Escudero, diputado por Cochabamba- Mariano Mendez, diputado por Cochabamba- Manuel Cabello, diputado por Cochabamba- Dr. José Mariano Enriquez, diputado por Potosí- Isidoro Trugillo, diputado por Potosí- J. Manuel Montoya, diputado por Potosí- Ambrosio Mariano Hidalgo, diputado por Charcas- Martiniano Vargas, diputado por Potosí- Vicente Caballero, diputado por Santa Cruz- José Ignacio de Sanjines, diputado por Potosí, secretario- Angel Mariano Moscoso, diputado por Charcas, secretario.

(Edición oficial de 1834)